

HO CHI MINH CITY (SAIGÓN)

La ex Saigón es diferente a otras ciudades de Vietnam no solo porque sus amplias calles y avenidas tienen el indeleble sello francés, sino porque se ve menos bicicletas, “ciclos” y mujeres cargando. En cambio hay más autos y camiones. La mejor economía de la región se refleja en sus habitantes, siendo igualmente vietnamitas los saigoneses son algo más gruesos y altos que sus compatriotas y también mejor vestidos.

El Hotel Rex estaba reservado para los oficiales solteros de Estados Unidos, desde su terraza observaban los esporádicos bombardeos sobre supuestas infiltraciones de las guerrillas del Vietcom en los alrededores de la ciudad. Esos fuegos artificiales ponían la guinda al ambiente orgiástico y excesivo en cuanto a alcohol y drogas con que los estresados combatientes pretendían olvidar los horrores de la guerra. Soñaban con regresar a casa sin saber todavía que serían mal recibidos. Ahora desde la terraza del Rex ya no se alcanza a ver las afueras de la ciudad, se interponen en el horizonte nuevos edificios de hoteles, oficinas, bancos, de arquitectura vanguardista y lujosa.

El Rex es, como tantos otros negocios, una empresa estatal, pero no por eso se priva de utilizar un moderno marketing, su cocktail más popular es el “B52”, nombre de los bombarderos que asolaron el país y que ahora es mezcla de Grand Marnier, Kahlúa y Bayles Cream. Paladeo la “bomba” mientras Elisabeth toma su coco –un coco pequeño con un agua deliciosamente dulce-. Las otras mesas están ocupadas por turistas americanos, franceses, y uno que otro grupo de vietnamitas jóvenes con suficiente dinero para gastar en poco tiempo lo que gana un empleado al mes. Desde la hermosa terraza se ven letreros luminosos como en cualquier ciudad de Occidente, la antigua Saigón no ha dejado de ser, ni en los tiempos más estrictos de control comunista, una ciudad con vocación comercial.

A poca distancia del hotel existen las galerías de pintura más curiosas del mundo, en amplios garajes los pintores saigoneses copian cuadros de los artistas más conocidos de Occidente. Sentados en pequeños taburetes casi al ras del piso, decenas de pintores, casi codo a codo, copian Boteros, Renoirs, Monets, Gaugins, Pissarros. La mayoría de las copias tienen una calidad extraordinaria. Hablé con un pintor que parecía ejercer las funciones de capataz de cuadrilla de una de esas fábricas de copias. Me hizo notar la calidad de una copia de Botero, que por casualidad yo conocía bien: era la del picador de toros. Me mostró otros cuadros y luego dijo con orgullo “estas de aquí no son copias de nadie, son mis creaciones”. Eran pinturas que podían resaltar en cualquier museo de arte moderno.

Elisabeth me hizo recordar la tienda de pinturas que vimos en julio pasado al costado del hotel Noga Hilton en Ginebra; allí vendían copias garantizadas de obras maestras, sus precios eran muy altos. Nos pareció una excentricidad. También en Madrid se han abierto galerías de copias de pinturas, están de moda en Occidente, ahora sabemos la procedencia de sin duda parte de ellas, sólo que en Ho Chi Minh cuestan una décima parte. Esta capacidad de copiar no impide la creación individual y hemos visto marchantes de arte que invierten miles de dólares comprando obras de calidad impresionante. Nosotros compramos una pintura de campesinos sembrando arroz, dispuesta en cuatro grandes tablas laqueadas. ¿El precio?, una paella en un buen restaurante de Madrid nos hubiera costado más. No creo que los bajos precios duren mucho, el arte de los pintores de la antigua Saigón al igual que el país mismo tendrá algún día el valor que merece.

Herbert Morote. Enero 1998